

Mario Amadeo

Carlos Ortiz de Rozas

Mario Amadeo

Carlos Ortiz de Rozas

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 10 - Septiembre 1995

ISSN 1668-9666

El Comité Nacional de la República Argentina para el 50º Aniversario de las Naciones Unidas se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.



Dr. Mario Amadeo
1911-1983

Conferencia pronunciada en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales dentro del ciclo "Los Diplomáticos Argentinos".

Quando el Embajador Carlos Muñiz me ofreció esta prestigiosa tribuna para evocar al Dr. Mario Amadeo, Consejero fundador del C.A.R.I., como parte del ciclo "Los Diplomáticos Argentinos", no vacilé un instante en aceptar ese privilegio. Tenía plena conciencia que otras personalidades, mucho más calificadas que yo podrían haberlo hecho con más autoridad y elocuencia. Entre ellas, tantos amigos que lo conocieron más tiempo y más íntimamente. Pero así y todo, pensé que por haber compartido con él los años cruciales de su desempeño en las Naciones Unidas y desde entonces, un común interés por los problemas internacionales, podría contribuir con mis observaciones y pensamiento a exaltar la figura de este gran argentino.

Debo confesar que preparar esta conferencia fue una tarea grata, pero no fácil. El recuerdo de Mario está demasiado vivo y cercano en el tiempo, de manera que al remontarme al pasado, con frecuencia una profunda tristeza se apoderó de mi espíritu. Superar ese estado de ánimo requirió no poco esfuerzo.

Por otra parte, Mario Amadeo tenía inquietudes tan diversas y descolló tanto en todo aquello que emprendió que resultaba por demás ambicioso pretender abarcar con algún detalle su extensa y proficua trayectoria. He optado, pues, por concentrarme en el análisis de una intensa actividad diplomática que fue, sin duda, a la que dedicó sus mayores afanes.

Mario Octavio Amadeo, que ese era su nombre completo, nació en esta Capital el 15 de enero de 1911. Quizás contagiado por el pudor de los europeos por toda referencia a la edad de la gente, he hesitado bastante antes de consignar tal fecha. Advierto que entre nosotros, al contrario no se respeta para nada esa sabia costumbre dictada por las buenas maneras. El tema de la edad asoma con frecuencia en las conversaciones y lo peor es que, cuando falta la certeza en el dato, hasta las estimaciones más amistosas -al revés del principio del derecho penal- nunca están en favor del "reo".

En fin, consignar aquella información, en mi caso no persigue otro propósito que poner de relieve la juventud de Amadeo cuando fue llamado a asumir importantes responsabilidades. Huelga añadir que me hubiera encargado muy bien de omitirla si él hubiese estado entre nosotros.

Así pues, queda establecido que nació en pleno verano porteño. Un verdadero investigador, en lugar mío, habría corrido a revisar el archivo de algún diario para averiguar con exactitud cuántos grados de temperatura y que porcentaje de humedad se registraron ese día. Yo, sin saberlo, presumo que ambas cifras deben haber sido muy elevadas porque ello ayudaría a explicar ese real placer que Mario sentía con el calor y cuanto más húmedo mejor. Hasta el punto que en plena canícula neoyorquina, que nada tiene que envidiar a los rigores de la que padecemos en Buenos Aires, solía usar atuendos de invierno.

Pero dejando de lado lo anecdótico, al menos por ahora, digamos que apenas recibido de abogado en la Universidad Nacional de Buenos Aires, se inició en el profesorado dictando cátedras en Colegios Nacionales de San Isidro y de la Capital. Siempre mantuvo esa afición por la enseñanza y lógico es que así fuera por la claridad meridiana con que transmitía sus conocimientos, para regocijo de sus oyentes; sin embargo, otras prioridades de más peso pronto habrían de reclamar su atención.

En febrero de 1939 ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto como secretario de 3ª clase, siendo refrendado el decreto respectivo por el entonces canciller, Dr. José María Cantilo. Se concreta así una vocación que habría de acompañarlo toda su vida. Su dedicación a las cuestiones internacionales abarcó nada menos que el período más tormentoso y apasionante no sólo de este siglo sino, probablemente de la era moderna. Empieza cuando se cierne sobre el mundo la conflagración bélica más temible y devastadora protagonizada por el hombre y termina con su muerte, en vísperas de que en la Unión Soviética asumiera el poder un líder que está cambiando el curso de la historia. Me refiero, desde luego, al Presidente Mijail Gorbachov, quien acaba de ser galardonado con el Premio Nobel de la Paz por iniciar el proceso de reformas que ha conducido a la reconciliación del Este y del Oeste, con el consiguiente alivio de la tensión internacional.

El nombramiento de Mario en la Cancillería fue debidamente comunicado, como era de rigor al Presidente de la Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones. Es curioso como a veces los destinos se entrecruzan. Ejercía ese cargo nada menos que el Dr. Ramón J. Cárcano, quien al igual que el entonces bisoño diplomático y que su padre, Don Octavio R. Amadeo, sería nuestro embajador en el Brasil y cuyo hijo, Miguel Ángel Cárcano sucedería a Mario años después como titular del palacio San Martín.

Casi de inmediato es destinado a la Embajada ante la Santa Sede, al frente de la cual se desempeñaba otro de los grandes diplomáticos argentinos de la época, Enrique Ruíz Guiñazú. El paso por el Vaticano ejerció una fascinación muy particular sobre Mario, que para siempre quedó impresionado por el sutil manejo del arte de la negociación y la sabiduría de los procedimientos empleados con milenaria experiencia por la Curia Romana. Europa presentía ya la inminencia de la guerra y el puesto al que acababa de incorporarse Amadeo no solo sería uno de los pocos santuarios que quedarían al margen del conflicto sino que además se convertiría en un observatorio privilegiado para estudiar la evolución de los sucesos.

No es mucho el tiempo que permanecería en tan interesante representación. Prácticamente al año de llegar a Roma fue trasladado a la embajada en el Uruguay, a cargo del Dr. Roberto Leviller. Gesto ejemplar, al dar cumplimiento a esta disposición renuncia expresamente a los tres meses de sueldo de gastos de traslado que le correspondían "para evitar dificultades al erario nacional".

Poco antes había sido promovido a secretario de 2ª clase. Otra buena noticia recibiría estando en Montevideo. El Embajador Ruíz Guiñazú le informó al Canciller Julio A. Roca, que por breve apostólico del 3 de noviembre de 1940 Su Santidad el Papa Pío XII había decidido acordar al Dr. Mario Amadeo la Orden de San Gregorio Magno, en grado de Caballero, por su destacada actuación en Roma.

No menores, sin duda, deben haber sido sus méritos para que el Sumo Pontífice le haya otorgado esta primera condecoración de su carrera, aún a pesar de su escaso tiempo de desempeño.

El 1º de Septiembre de 1939 estalló la Guerra en el Viejo Mundo. Recordamos que consumada la invasión y ocupación de Polonia por el ejército alemán, en el frente occidental prácticamente no hubo ninguna acción militar hasta mayo del 40, dando lugar a lo que se llamó "La Drôle de Guerre". La no intervención soviética había sido asegurada mediante el pacto Ribbentrop-Molotov. Italia, a pesar de sus obvias simpatías por Berlín, se mantenía al margen del conflicto. Los Estados Unidos se interrogaban si llegaría un momento en que deberían verse obligados

a intervenir aun cuando la sorprendente pasividad bélica de ese invierno desconcertaba a muchos acerca de la posible evolución de los acontecimientos. Lamentablemente, era sólo la calma que habría de preceder a la tormenta, y, ¡qué tormenta!

En tales circunstancias el flamante segundo secretario Mario Amadeo se hace cargo de su puesto en Montevideo, donde prestaría servicios hasta junio de 1941, en que es llamado al Ministerio. Varias responsabilidades le fueron confiadas en los años que le correspondió trabajar en Buenos Aires. Entre otras, secretario de asuntos internos, secretario de la Comisión Nacional de la Antártida y secretario de la delegación argentina a la III Conferencia de Consulta de Cancilleres Americanos, que tuvo lugar en Río de Janeiro, en 1942. Allí le correspondió actuar bajo la presidencia de quien había sido su jefe en Roma, Dr. Enrique Ruíz Guiñazú, designado meses antes Ministro de Relaciones Exteriores.

En su legajo, como es habitual en el Servicio Exterior, consta su foja de calificaciones, alguien muy perceptivo suscribe los siguientes conceptos que, escuetamente, definen el personaje a la perfección:

Cultura: excepcionalmente amplia y sólida

Criterio: recto y sano

Carácter: bueno, firme y recio

Temperamento: apasionado pero contenido

Inteligencia: excepcional

Moralidad y conducta: intachable

¿Cree que puede confiársele una comisión independiente de importancia? Sí, siempre que no violente sus propias convicciones.

Opinión general: Se trata de un funcionario de condiciones excepcionales que ha podido demostrarlas no obstante su juventud. Creo que con un poco más de experiencia podrá desempeñar con gran brillo y eficacia cualquier cargo que se le confíe.

Y le otorga la más elevada calificación sintética que en esa época era "Muy Bueno" (Ahora con la inflación se ha agregado "Sobresaliente").

Suscribe ese resumen, notable por su acierto y por lo que ya presagiaba, el embajador Carlos R. Torrani, Director General del Ministerio. De su puño y letra el Subsecretario de Relaciones Exteriores Embajador Oscar Ibarra García agrega "Conforme en un todo".

Paralelamente con su actividad diplomática, entre 1938 y 1942 dirigió con Juan Carlos Goyeneche la revista "Sol y Luna", de la que era Secretario de Redacción José María Estrada. Fue esta una publicación del más alto nivel intelectual, donde la pureza en la expresión y el espíritu creador brota en cada línea de los magníficos artículos, ensayos, poemas y críticas que en ella fueron publicados.

Colaboraron en la revista las mejores plumas de la época entre las cuales Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Ignacio B. Anzoátegui, Marcelo Sánchez Sorondo, Máximo Etcheco-

par, el Padre Juan R. Sepich, Santiago de Estrada, los dos directores ya nombrados -Amadeo y Goyeneche- y tantos otros que orientaban con sus ideas a toda una generación. Para mí fue un verdadero placer recorrer las páginas de las agotadísimas ediciones de "Sol y Luna", que pude obtener en préstamo y bajo juramento de devolución merced a la buena voluntad de quien fue mi muy estimado colaborador, el Embajador Fernando Petrella. Claro está, al remontarse al pasado a veces uno tiene la tendencia de considerar que lo de entonces era muy superior a lo de ahora. Sin embargo, objetivamente creo que en la actualidad, en nuestro país no hay nada que pueda equipararse al grado de excelencia alcanzado por "Sol y Luna".

De lo bueno, poco. Tanto como para no apartarse de este aforismo, de "Sol y Luna" se publicaron únicamente diez números. Digamos, para terminar, que releer esos ejemplares no deja de provocar nostalgia, curiosidad o sorpresa -según sea la edad del lector- al ver en los pocos avisos publicados, que el Banco de la Nación Argentina ofrecía pagar el 2% de interés anual por depósitos a plazo fijo colocados a 12 meses o más; que ninguno de los estupendos libros anunciados costaba más de 3\$ o que los cigarrillos-habano de Condal se vendían a 20, 30 y 50c. Esta era la Argentina de fines de 1938.

Una década más tarde, entre 1948 y 1952, Mario Amadeo vuelve a incursionar en una ocupación similar, esta vez, para dirigir la Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde además ejercía la cátedra de Derecho Internacional Público. Bajo su guía, esta publicación adquiere nuevo impulso y se beneficia con las firmas de muy importantes colaboradores, destacándose además por sus notas bibliográficas y comentarios de otras revistas europeas y norteamericanas.

Retomando a Amadeo diplomático, en Octubre de 1943 se resuelve enviarlo a nuestra representación en Chile. Su desempeño motiva una nota muy conceptuosa del jefe de la Misión, Embajador Carlos Güiraldes. La permanencia en Santiago, empero, fue sumamente breve puesto que en telegrama directo al Canciller, a la sazón el Coronel Alberto Gilbert, Mario le eleva su renuncia, el 26 de enero de 1944, "ante el cambio de actitud internacional". El tal cambio, fue la ruptura de relaciones diplomáticas con las potencias del Eje con la cual estaba en total desacuerdo, partidario como era del mantenimiento de la más estricta neutralidad. ¡¡Cuánta razón tenía Torrani en su calificación al anticipar que no aceptaría nada que contrariase sus convicciones!!

El hecho es que su alejamiento del Ministerio duraría poco, ya que en Julio del mismo año, por decreto que refrenda el nuevo ministro, General Orlando Peluffo, se rechaza aquella renuncia y se lo designa Director de Asuntos Políticos, vale decir el cargo profesional de mayor nivel dentro de la estructura ministerial.

Quienes eran sus amigos de entonces abundan en relatos que revelan el considerable ascendiente que tenía Mario sobre el Canciller Peluffo, muchas de cuyas decisiones llevaron su impronta.

El retorno al Servicio Exterior no sería duradero. Fiel a su lealtad para con sus superiores -característica que lo distinguiría toda su vida- vuelve a renunciar "plenamente solidario con la gestión de V.E". en el mismo momento en que Peluffo deja la titularidad del Palacio San Martín.

Debieron transcurrir algo más de 10 años para que se produjera su regreso a la Institución de la calle Arenales. Eso sí, cuando esto ocurrió, fue por la puerta grande, para ocupar el cargo máximo de la diplomacia argentina.

Durante ese período Mario Amadeo se dedicó a otros menesteres. Los dos primeros años los pasó en una quinta de San Isidro, prácticamente recluso y sin viajar a Buenos Aires, entregado, como el mismo dice, a la lectura, la meditación y al estudio, retomando asiduo contacto con los clásicos y, por supuesto, examinando los problemas del derecho internacional. Procuraba así distraerse de una terrible tragedia familiar, la muerte de su hijo Francisco Javier, de la que nunca pudo recobrase totalmente.

Superada su ansia de soledad, practicó la docencia universitaria entre 1947 y 1952, dejando las cátedras que había ganado por concurso cuando las exigencias políticas empezaron a campear en los institutos de enseñanza superior y se les exigía a los profesores avales firmados por gente de confianza del régimen.

Contribuyó entonces con varios trabajos sobre política internacional en revistas del sector nacionalista, como "Nueva Política", "Nuestro Tiempo", "Balcón" y una estupenda publicación bimensual llamada "Quincena", que dirigía el Dr. Alberto Tedín. Entre esos trabajos fue autor de un ensayo sobre las relaciones con los Estados Unidos, que posteriormente amplió y publicó en 1954 con el título de "Por una Convivencia Internacional".

También viajó a España, invitado por el Instituto de Cultura Hispánica, para dictar un curso en la Universidad de Santander y pronunciar conferencias en Madrid.

Mientras tanto, seguían produciéndose hechos de creciente trascendencia en nuestro país, que conmocionaron a la sociedad argentina. Naturalmente, Amadeo no podía permanecer indiferente ante tal estado de cosas. En su notable obra "Ayer, Hoy y Mañana" hace una desapasionada reseña de aquellos sucesos que tuvieron como principal protagonista a quien había sido reelegido presidente de la Nación, el General Juan Domingo Perón.

Comprometido con sus ideas más firmes y arraigadas, no se limitó simplemente a opinar en círculo de amigos. Salió a la palestra militando decididamente en la oposición para criticar en forma pública los desmanes que a su juicio habían socavado la autoridad moral y legal del gobierno. Sobre todo, después que el enfrentamiento con la Iglesia Católica hubiese hecho perder toda ilusión de una rectificación del rumbo. Esta actitud, franca y resuelta, lo lleva a participar en los conciliábulos que desembocan finalmente en la Revolución del 16 de septiembre de 1955.

Es muy interesante leer en el citado libro los motivos que indujeron a Mario Amadeo a participar en forma activa en ese movimiento y que lo obligaron, durante varios meses, a convertirse en prófugo para escapar a la persecución policial.

Triunfante el movimiento militar encabezado por el General Eduardo Lonardi, el primer presidente ofreció a Amadeo la Cancillería, quien aceptó -según sus palabras- con la esperanza de servir con provecho al país, a la revolución y a la causa de la unidad nacional.

En su legajo personal, figura una nota fechada el 4 de octubre de 1955, con la cual se acompaña copia autenticada del decreto que designa "Ministro secretario de Estado en ese Ministerio al Señor Dr. D. Mario Amadeo". Dicha comunicación está firmada por el entonces subsecretario del Interior y Justicia, Dr. Carlos Muñiz, Presidente del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, que hoy nos acoge y a cuya iniciativa se debe este homenaje. Otro caso de destinos que se entrelazan.

El propio Amadeo nos dice en la obra antes mencionada cual fue una de sus principales inquietudes al asumir esa responsabilidad: jerarquizar el Servicio Exterior encarando una necesaria renovación del cuerpo, esa tarea no estaría inspirada por "ningún propósito de persecución y venganza: en caso de duda, se inclinaría por la indulgencia". Este procedimiento ecuánime y acertado le valió que sus adversarios le endilgaran simpatías ocultas por los partidarios del régimen depuesto.

Una tentación que nunca fue la de cambiar la institución. Vale la pena transcribir textualmente lo que escribe en ese sentido. "En nuestro país, cuando un Ministro se hace cargo de sus tareas, su primera preocupación, su más urgente desvelo consiste en "reorganizar" o en "reestructurar" su departamento. Se pone inmediatamente en juego el ingenio de los expertos para fabricar gráficos "llenos de líneas y redondeles" que indican la nueva morfología de la repartición. De hecho las cosas subsisten como estaban o, acaso también, empeoran. Pero la vanidad y las ínfulas renovadoras del jerarca quedan satisfechas" ¡Es tan exacto lo que nos dice! Y era tan de Mario referirse a los organigramas como "gráficos llenos de líneas y redondeles".

Su concepción de la unidad que anhelaba para el país, la puso en práctica con los nombramientos que debió efectuar para substituir a los jefes de misión que no fueran funcionarios de carrera. Para cubrir más de cincuenta vacantes seleccionó a los hombres más representativos y expectables de todos los matices de opinión, exceptuados, claro está, del sector que acababa de ser desplazado del poder.

En cuanto a cuestiones de substancia concernientes a la política exterior, expuso los lineamientos que seguiría el gobierno en el curso de una reunión de embajadores especialmente convocada a esos efectos. Dijo en esa oportunidad que dicha política "no sería la expresión de una facción ni de una determinada tendencia ideológica sino del interés nacional, que está por arriba de grupos o partidos". Destacó que si bien sería fiel a las grandes líneas tradicionales, procuraría adaptarlas a las circunstancias respetando estrictamente las normas del derecho internacional. En todo aquello que no afectara a los principios jurídicos agregó, "estaremos junto a las naciones occidentales, a cuya tradición y cultura nos encontramos irrevocablemente incorporados".

Concluye la descripción del encuentro diciendo: "Estas palabras tuvieron un caluroso eco entre los circunstantes y me ratificaron en la idea de que no es imposible unir a hombres de la más diversa procedencia, extracción e ideas políticas, en una sola aspiración de interés nacional y de que hasta los más acérrimos partidarios de una determinada ideología son capaces de deponer sus inclinaciones, cuando se les habla un lenguaje que apela a su patriotismo".

Tal vez Mario con su habitualmente buena fe, y cierta dosis de ingenuidad está reflejando su propio "wishfull thinking", más que constatando una realidad. Porque apenas habían transcurrido unos pocos días de esa reunión cuando personeros de tendencias opuestas desataron una sórdida lucha por el poder, alzando violentos ataques contra Amadeo y las otras personalidades que respondían al General Lonardi, hasta que consiguieron derrocar al jefe de la revolución y a todos aquellos que se solidarizaron con él y con la orientación que querían imprimir a esa gesta. Aquel lema de "Ni vencedores ni vencidos" que proclamaba Lonardi para lograr la reconciliación argentina, sumía en la exasperación a los que querían "desperonizar" el país a cualquier precio. Las sucesivas alternativas políticas de los últimos treinta y cinco años y la realidad que hoy vivimos me eximen de todo comentario acerca de quiénes estaban en la posición correcta.

El 13 de noviembre de 1955, exactamente cuarenta y nueve días después de haber asumido Amadeo es "separado" del cargo (figura jurídica para mí desconocida), acompañando así en su suerte al bondadoso y recto militar que había hecho posible la Revolución.

No satisfechos con esto, quienes lo "separaron" dispusieron además, sin imputación alguna, que fuera detenido e incomunicado en un barco anclado en el puerto de Buenos Aires. Pasando por alto todo lo vejatorio que fue ese tratamiento, Mario describe con excesiva generosidad el episodio en estos términos: "Lo que no me había ocurrido durante diez años del gobierno peronista ni durante los ocho meses de labor revolucionaria, ocurría por orden de un gobierno que venía a restablecer la libertad y a cuyo triunfo de algún modo yo había contribuido. No había pasado por la "prigioni" de Silvio Pellico, pero había sido encarcelado sin motivo por los mismos que hasta el día anterior habían sido mis compañeros de causa. Y para quien tiene un agudo sentimiento de justicia, eso cuenta más que los padecimientos corporales".

Recién en 1958 vuelve Amadeo a la diplomacia activa. El Dr. Arturo Frondizi, para cuya elección a la presidencia había trabajado con un sector extra-partidario, lo convoca a poco de asumir la primera magistratura, ofreciéndole una de las embajadas argentinas más importantes y delicadas: la misión permanente ante la Organización de las Naciones Unidas. El acierto del presidente Frondizi al resolver quien habría de representarle en Nueva York fue indudable. A todas luces el Dr. Mario Amadeo era "The right man in the right place". Particularmente en la difícil coyuntura internacional a fines de la década del 50, que tuvo a la ONU como epicentro de importantísimos sucesos políticos y económicos destinados a transformar la fisonomía del mundo casi hasta el presente.

Conviene pasar revista a esa situación, aunque sea someramente, para tener una visión de conjunto más clara de la escena en que entraba a jugar su parte el nuevo representante permanente de la Argentina.

En los Estados Unidos, con el triunfo electoral de John Fitzgerald Kennedy, empezaba lo que muchos llamaron una "nueva era", por el cariz que habría de imprimir a la política el joven y carismático presidente. El trágico crimen de Dallas puso término a esa ilusión prematuramente. Sin embargo los años Kennedy pusieron un sello muy especial a toda una generación de norteamericanos que, acaso por primera vez en la historia de ese gran país, demostraban un sincero interés por los serios problemas que existían en otras latitudes.

El nuevo jefe de la Casa Blanca pronto habría de descubrir, sin embargo, que no bastaban las buenas intenciones. Un plan concebido durante la anterior administración del Presidente Eisenhower y que Kennedy no se atrevió a desmontar, lo llevó al desastre de Bahía Cochinos, cuando todavía no se había consubstanciado con la compleja conducción del gobierno. Este revés afectó de entrada su imagen. Al menos en el plano interior. Como era de suponer, algunos lo acusaron de debilidad por no haber aplicado a fondo la potente maquinaria bélica de que disponía; otros le enrostraron indecisión, por no haber cancelado por completo la operación.

El tema fue examinado en las Naciones Unidas y, a pesar de que el representante norteamericano era uno de los hombres políticos más talentosos -Adlai Stevenson- los Estados Unidos salieron mal parados del debate.

Bahía Cochinos significó la ruptura definitiva entre Washington y La Habana y el principio de una dura política de enfrentamiento que condujo a la instalación de los misiles soviéticos en Cuba, colocando al mundo al borde de la guerra nuclear. El manejo medido pero resuelto

de esta crisis sirvió para resarcir a Kennedy frente a la opinión pública norteamericana. A la inversa, tuvo repercusiones muy negativas para Krushev, que se vio obligado a desmantelar los misiles y a replegarse incondicionalmente ante la alternativa de tener que sufrir una confrontación atómica.

Y habiendo aludido a Nikita Krushev bueno es recordar que en 1958 había reemplazado a Bulganin a la cabeza del gobierno y que como Secretario General ejercía un estricto control del Partido Comunista, en el seno del cual había denunciado los excesos de toda clase cometidos por su predecesor Josif Vissarionovitch Stalin. La política de desestalinización tuvo esperanzada acogida en el Occidente, que quiso ver en ella una posibilidad cierta de distensión entre los bloques. Lamentablemente, salvo algunas escaramuzas diplomáticas que caracterizaron el período de la "détente" la substancia de la rivalidad Este-Oeste no varió.

En la década del 60, Moscú lanzó una ofensiva política desenfundada con la finalidad de atraer a numerosos estados que, concluido el proceso de descolonización, habían accedido a la independencia. Esa acción se desarrolló fundamentalmente en las Naciones Unidas.

El ingreso en masa de las ex-colonias a la Organización Mundial alteró el cuadro de situación. Desde su creación en 1945 Naciones Unidas había sido integrada por una aplastante mayoría de naciones que por vinculación política, tradición cultural o convicciones ideológicas se identificaban con los valores de Occidente. De entre ellas, veinte -o sea el 40% de los miembros- provenían de la América Latina, constituyendo el grupo geográfico y con mayor poder colectivo de voto. Los países comunistas eran unos pocos, entre los cuales la Unión Soviética y dos de sus repúblicas, Bielorrusia y Ucrania, admitidas como concesión a su condición de minoría absoluta.

En esa primera época de la ONU las potencias occidentales tenían libre el campo para decidir con sus votos cualquier acción en la Asamblea General. No así en el Consejo de Seguridad, donde el veto soviético podía paralizar cualquier resolución.

Todo eso se modificó radicalmente con la universalización de la organización. Los nuevos miembros buscaron afanosamente conquistar espacios políticos que les permitieran consolidar su independencia y emprender el espinoso camino del desarrollo económico. Para todos ellos, las Naciones Unidas era el escenario ideal. Allí podían exponer sus quejas y sus aspiraciones. Allí estaban en contacto con el resto del mundo, sin necesidad de tener que montar una costosa red de embajadas en los cinco continentes. Allí eran cortejados impudicamente para conseguir tal o cual voto que permitiera a los proponentes de un proyecto de resolución lograr la necesaria mayoría. Allí también sufrieron, como era normal que ocurriera, el espejismo de una importancia exagerada. En todo caso, desproporcionada en relación al verdadero peso específico que detentaban en el mundo real.

Este fenómeno produjo profundas transformaciones en los objetivos y procedimientos de la organización. A las naciones occidentales les resultó difícil, casi imposible, aceptar el predominio numérico de aquellos que hasta el día anterior habían estado sometidos a su dominación. En lugar de explotar la enorme ventaja que les proporcionaba su poderío económico, su larga experiencia en el libre debate de las ideas, como asimismo su detallado conocimiento de los problemas de las ex-colonias, prefirieron replegarse y abandonar posiciones a la demagogia de los estados comunistas.

A partir de 1955, por iniciativa de cinco líderes de gravitación en sus respectivos países y regiones -Nehru, Nasser, Tito, Sukarno y Nkruma- había sido creado el "Movimiento No Ali-

neado". Muchos de los nuevos estados independientes adhirieron de inmediato con el propósito declarado de mantener una equidistancia entre los dos bloques de potencias. La presencia e influencia del no alineamiento se hizo sentir con creciente vigor en las Naciones Unidas.

En Europa Occidental soplaban alentadores vientos de renovación. Casi al mismo tiempo que Mario Amadeo se hacía cargo de su puesto en Nueva York, el General Charles De Gaulle inauguraba la primera presidencia de la Vª República. La férrea personalidad y clara visión del jefe de Estado francés dio un impulso vivificador a la causa de la unidad europea. Juntos con el canciller de Alemania Federal, Konrad Adenauer, sellaron la reconciliación de los enemigos de siempre, relegando a los libros de historia los viejos antagonismos y resentimientos, hicieron del eje París-Bonn el nervio motor de la naciente Comunidad Económica Europea. La clarividencia de estos estadistas operó el milagro. Sobre esos sólidos cimientos, Europa Occidental empezó un período de progreso espectacular que continúa inalterable. Esa realidad también se perfiló en las Naciones Unidas.

La rivalidad entre Estados Unidos y la URSS se proyectaría además a otro campo: el científico-técnico. En octubre de 1957 el mundo se enteró con asombro que la URSS había lanzado con éxito el primer satélite artificial producido por el hombre, el Sputnik. Estados Unidos no tardó en aceptar el desafío ruso y con el apoyo total del congreso y de su pueblo, el Presidente Kennedy comprometió sumas inmensas para ganar la carrera por la conquista del espacio.

Las Naciones Unidas tomaron conciencia de los problemas de distinta índole que planteaba la exploración espacial. Para tratar de anticiparse a ellos y encauzarlos se constituyó el comité para la utilización del espacio ultra terrestre con fines pacíficos, del que Mario Amadeo fue elegido vicepresidente.

La Guerra fría daba la tónica a las relaciones internacionales. Moscú trataba por todos los medios de extender el dominio comunista y el Occidente con Estados Unidos a la cabeza, tomaba medidas para contener el expansionismo soviético. En la ex-Indochina francesa 1960 vio la creación del llamado Frente Nacional o Viet-Cong, que con el apoyo total de Viet-Nam del Norte y la URSS daría lucha sin cuartel hasta alcanzar el control total del país. Esta incursión soviética en una región en la que China sentía como su zona de influencia fue otro de los factores que contribuyó a precipitar entre los dos grandes del mundo comunista.

En fin, lo que prometí sería una somera descripción de la situación internacional prevalente cuando Amadeo hizo su aparición en las Naciones Unidas, ha insumido más tiempo del que me había propuesto. Insensiblemente me he dejado llevar por mi entusiasmo. Séame permitido alegar en mi descargo que fue justamente en esa época que conocí a Mario y que tuve el privilegio de colaborar con él en la Misión Permanente.

Los hechos que acabo de consignar nos tocó vivirlos juntos. A su lado el trabajo era un aprendizaje constante. Lo fue para mí y para tantos otros que integraron el equipo que él conducía con maestría, como un verdadero mentor, que enseñaba sin predicar y sin proponérselo. Sólo bastaba para nosotros el ejemplo de su brillante actuación y eficaz desempeño. Y no solo para quienes tuvimos la suerte de compartir con él ese destino, sino también para una generación de diplomáticos argentinos que le profesaron admiración y respeto.

Un día de marzo de 1959 me disponía a viajar a Nueva York para hacerme cargo de mis funciones de Consejero de la mentada misión permanente. Supe entonces que el embajador Amadeo había bajado a Buenos Aires para consultas en la Cancillería. Aprovechando la coincidencia juzgué lo más apropiado presentar mis saludos a quien sería mi jefe de misión.

Después de las cortesías habituales y de manifestarle mi satisfacción por la responsabilidad que me había sido asignada, le entregué un papel que contenía mi por entonces bastante exiguo curriculum. Sin leerlo, lo guardó en el bolsillo y con tono algo admonitorio me dijo: "Para mí, lo que fundamentalmente cuenta son las condiciones humanas". Y esas condiciones, me percaté en ese instante, debía ponerlas de manifiesto en el trato diario que poco después iba a comenzar.

Sinceramente pienso que pasé ese examen, porque a partir de ese momento comenzó un proceso gradual que culminó con la entrañable amistad que nos unió hasta su muerte y que para mí continuará siempre en el recuerdo hasta que llegue la mía. Si he traído a colación aquel episodio, es porque me parece que ilustra bien acerca de la escala de valores en que Mario Amadeo basaba su apreciación de las personas y a la que él mismo ajustó su propia conducta. En Nueva York, en los hechos y sobre el terreno aprendí a conocer y estimar al jefe de misión, al consumado diplomático, al hombre y su pasión argentina y a las calidades humanas a las cuales, con toda razón, atribuía tanta importancia.

Entre sus muchos atributos me impresionó particularmente la claridad de sus ideas. Una condición natural, condimentada por su amplio conocimiento de la realidad mundial, le daban una perfecta percepción de los acontecimientos y le permitían evaluarlos correctamente dentro de la problemática de las Naciones Unidas.

Esa claridad en las ideas se traducía en una incomparable claridad en la expresión. Con asombrosa seguridad en el lenguaje, empuñaba su lapicera y escribía personalmente todas sus intervenciones sin hesitar y sin detenerse hasta que, agotada la tinta, llamaba a su secretaria para que la repusiera. Cumplido ese ritual, retomaba el hilo de su pensamiento sin vacilar y seguía escribiendo hasta finalizar el discurso. Muy rara vez tachaba alguna palabra. Resultado: piezas oratorias brillantes y argumentaciones impecables.

En sus cuatro años de gestión en las Naciones Unidas, Amadeo ocupó cargos de la mayor importancia en la Organización. Fue delegado titular argentino al Consejo de Seguridad (1959-1960) cuerpo que presidió en dos oportunidades; Presidente de la Comisión de Derechos Humanos (1960); delegado titular a cinco períodos de sesiones de la Asamblea General y presidente de la 1ª Comisión (Asuntos Políticos y Seguridad) de dicha Asamblea (1961).

Su actuación fue notable, haciendo honor con ella al país y al gobierno que representaba, por la solidez de sus intervenciones y por el rol constructivo que desempeñó en nombre de nuestra Argentina. Mucho podría decirse y con lujo de detalles de las posiciones asumidas en cada uno de los numerosos debates en que participó o de su acción desde la presidencia de los importantes organismos para los que fue elegido. Esa es una tarea reservada a los investigadores del mañana. Esta noche, para no abusar de la paciencia de ustedes me voy a limitar al examen de un asunto sometido al Consejo de Seguridad, en el que la argumentación sostenida por Amadeo hizo escuela.

Fue el caso del avión U2. Permítaseme repasar un poco los antecedentes. Los diarios del 1º de Mayo de 1960 publicaron con grandes titulares la noticia que un avión de reconocimiento de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, identificado como U2 y provisto del instrumental más sofisticado de entonces, había sido detectado "in fraganti" sobrevolando territorio de la Unión Soviética y derribado por las defensas antiaéreas.

Capturado ileso el piloto, Gary Power, expuso a los organismos de seguridad soviéticos los pormenores de su misión. En su poder fueron hallados mapas, rublos y hasta una cápsula con veneno, para eliminarse de ser capturado con vida.

Los de más edad entre ustedes recordarán quizás la conmoción que produjo este incidente. Fue como echar aceite a la hoguera de la guerra fría. Kruschev acusó a los Estados Unidos con el lenguaje más duro que podía emplear. De inmediato canceló su asistencia a la conferencia cumbre de las 4 grandes potencias, que debía realizarse en París el 16 de mayo, echando así por tierra las incipientes esperanzas de una mejoría en el clima internacional que había despertado el anuncio de esa reunión. Además pidió la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad -presten ahora atención a la redacción- "para examinar los actos de agresión cometidos por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos contra la URSS, que constituyen una amenaza para la paz universal".

El Consejo se reunió el 25 de mayo y aprobó la inclusión en la agenda del tema tal cual lo había pedido la delegación soviética. En un ambiente tenso y dramático, el canciller Andrei Gromyko tuvo a su cargo la presentación de la denuncia de su gobierno. Este astuto y experimentado diplomático no dejó de apelar a ningún argumento ni recurso dialéctico para imputar a los Estados Unidos la responsabilidad por el perjuicio causado a las relaciones entre los dos países. Sabiendo que los diarios y la televisión llevarían sus palabras al mundo entero, pidió a todos los presentes en la repleta sala del Consejo que imaginaran cual sería la reacción del pueblo norteamericano si a la inversa, hubiese sido un avión espía soviético el derribado sobre Chicago, Detroit o San Francisco y Moscú hubiese intentado justificar ese vuelo alegando la necesidad de reunir información sobre objetivos militares de los Estados Unidos.

Los dardos verbales de Gromyko dieron en el blanco. Cuando terminó su intervención, todos dirigimos la atención hacia la banca de Estados Unidos para escuchar cómo su delegado explicaría lo inexplicable, sobre todo, porque su gobierno había reconocido oficialmente el "error" y había dado seguridades de que no volvería a repetirse.

El embajador Henry Cabot Lodge intentó minimizar el hecho alegando que desde el principio del tiempo los hombres se han espiado unos a otros. Según este enfoque el espionaje es una práctica normal y hasta aceptada en la vida de las naciones. Para ilustrar su punto de vista citó con nombres y detalles una larga lista de agentes soviéticos detenidos en los Estados Unidos.

La sorpresa del Consejo llegó al máximo nivel cuando inesperadamente puso sobre la mesa-herradura un voluminoso disco de madera, de aproximadamente un metro de diámetro y cuatro cms. de espesor que tenía tallado en relieve el escudo de los Estados Unidos. Para deleite de los fotógrafos que captaron la escena, lo abrió por la mitad señalando que en el pico del águila había sido ocultado un micrófono de gran sensibilidad con el objeto de captar y transmitir cualquier conversación mantenida en un radio de 10 metros. La particularidad de esta ingeniosa pieza es que fue obsequiada por las autoridades soviéticas al embajador norteamericano en Moscú quien incautamente la había colocado en su despacho. Solo un par de años después fue descubierta la maniobra. Por eso, agregó Cabot Lodge, el espionaje ha sido y seguiría siendo moneda corriente por lo cual no deben exagerarse sus consecuencias.



Durante el examen del caso del Avión U2 por el Consejo de Seguridad (26.5.1960) el representante de Estados Unidos, Embajador Henry Cabot Lodge, muestra un escudo de su país, tallado en madera y obsequiado al Embajador norteamericano en Moscú por las autoridades de la Unión Soviética, en cuyo interior habían escondido un micrófono para detectar las conversaciones en el despacho del diplomático. Primero de la izquierda el Canciller soviético Andrei Gromyko y su delegación siguen sonrientes la explicación. En el centro, Sir Pierson Dixon, representante del Reino Unido y a la derecha, el Embajador Mario Amadeo mira de cerca el disco.

Esta respuesta fue plausible pero no era suficiente para justificar el rechazo del proyecto de resolución presentado por la URSS, que condenaba severamente a los Estados Unidos. Los hechos habían sido reconocidos por el país incriminado de modo que no había mucha capacidad de maniobra para eludir un pronunciamiento negativo.

Esa noche trabajamos hasta la madrugada en la Misión argentina. Amadeo estaba inscripto para hablar en la sesión matinal. Habíamos recibido instrucciones de apoyar a Washington, que estaba atravesando por una situación sumamente embarazosa. En una coyuntura así el gobierno del Presidente Frondizi quería tenderle una mano. Pero teníamos que hacerlo con decoro. No bastaba con reproducir los lineamientos -algo triviales- expuestos por la delegación norteamericana. Estábamos todos cansados y agudizando la búsqueda de una posición más o menos aceptable cuando en medio de nuestra vigilia se hizo la luz.

Mario pidió que buscáramos los proyectos presentados por la Unión Soviética en la comisión para la definición de la agresión. Sabíamos muy bien que ese cuerpo mantenía largas y estériles sesiones procurando hallar una fórmula satisfactoria que permitiese definir qué debe entenderse por agresión o actos agresivos. Pues bien, cuando ubicamos el documento soviético pudimos constatar que, con la casuística tan cara a los rusos, habían previsto taxativamente cuatro tipos de agresión: La agresión directa, la agresión indirecta, la agresión económica y la agresión ideológica. Dentro de cada uno de ellos enumeraba una serie de casos concretos -14 en total- que configurarían actos agresivos. ¡En ninguna de esas categorías los propios soviéticos habían incluido el sobrevuelo de un avión desarmado sobre territorio extranjero como acto de agresión!

¡Listo! Habíamos encontrado una salida políticamente honorable y jurídicamente incuestionable. En las pocas horas que faltaban para el comienzo de la sesión Amadeo se precipitó a escribir su intervención.

Al reunirse nuevamente el consejo, donde planeaba un ambiente de desconcierto, porque nadie imaginaba cómo podría rechazar el proyecto de resolución soviético, nuestro embajador fue el primer orador inscripto. Entrando directamente en materia dijo: "el caso que estamos examinando plantea una cuestión preliminar: la de determinar si los actos incriminados -primordialmente el sobrevuelo de un avión norteamericano en territorio soviético- constituyen o no, un acto de agresión internacional".

"Nos parece importante precisar este punto porque si el caso en examen no constituyera agresión, la denuncia soviética carecería de fundamentación jurídica. En efecto, no se nos ha pedido declarar que el vuelo de un avión sobre territorio extranjero es lícito o ilícito, es conveniente o inconveniente, es favorable o desfavorable a la distensión internacional. Lo que se nos ha pedido, taxativamente es que condenemos el acto denunciado en virtud de que constituye agresión internacional. Bajo este ángulo, y solamente bajo este ángulo, debemos ahora calificarlo".

Luego mencionó uno por uno los casos de agresión contenidos en el proyecto de definición al que antes aludí para concluir que el cotejo de la situación planteada no encuadraba en ninguno de ellos. "Nosotros coincidimos con el enfoque soviético -dijo-, porque coincidimos, nos parece que cualquiera sea el juicio que este vuelo pudiera merecer desde otros puntos de vista, no configura un acto de agresión internacional".

En síntesis, esgrimiendo la propia tesis soviética desestimó la denuncia en la forma que fue sometida al Consejo. En la parte final de su exposición, hizo un llamado para que todos los

estados ajusten su conducta a los principios del derecho internacional y expresó el vehemente deseo argentino de que sea respetada la soberanía territorial de todos los países, grandes y pequeños. "No creemos -concluyó diciendo- que ninguna razón de necesidad pueda hacer lícita ni conveniente la transgresión siquiera temporaria de esta norma".

La fundamentación del embajador Amadeo fue adoptada por las demás delegaciones. El proyecto de resolución soviético fue desechado.

Otras cuestiones importantes debatidas en el Consejo de Seguridad permitieron que la delegación argentina conducida por Mario Amadeo, se luciera por la solidez de las posiciones que sustentaba. Tales, por ejemplo, sus intervenciones en la cuestión del ex-Congo belga (hoy Zaire); el conflicto de jurisdicción planteado entre la Organización de los Estados Americanos y las Naciones Unidas con relación a Cuba; la política de segregación racial practicada por Sudáfrica; el reclamo presentado por nuestro país a raíz de la violación de nuestra soberanía con la captura y traslado ilícito y clandestino del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann por parte de agentes del gobierno israelí; la admisión de nuevos miembros y tantos otros temas.

En la Asamblea General tuvo una actuación decisiva en la disputa por el Alto Adigio entre Italia y Austria. Tan completas y demoledoras fueron las presentaciones que hizo en favor de la tesis italiana, que los mismos diplomáticos peninsulares confesaban su asombro por la profusión de datos que había conseguido reunir y que superaban en número, interés y poder de convicción a los que ellos -parte interesada- habían ofrecido. Con razón dijo el Canciller Aguirre Lanari que cada intervención de Amadeo era una cátedra de Derecho y Política Internacional.

Producida la muerte de Dag Hammarskjöld en el no muy aclarado accidente de avión en el Congo, Amadeo fue uno de los embajadores más consultados para la búsqueda de un sucesor. Los rusos proponían la designación de tres secretarios generales -uno por las potencias occidentales, otro por los comunistas y un tercero a elección de los no alineados. De haber prosperado la idea de esa "troika" las Naciones Unidas hubieran sufrido una parálisis total. Urgía pues hallar un candidato viable, sabiendo de antemano que no podía tratarse de un europeo. Mario fue uno de los primeros que sugirió e impulsó la nominación de U Thant. Y no se equivocó, ya que este humilde birmano resultó un gran secretario general.

A lo que no pudo nunca habituarse Mario, fue a ciertos horarios establecidos para las reuniones de los distintos órganos de las Naciones Unidas. Quienes lo conocieron adivinan ya que me refiero a las sesiones de la tarde que empezaban siempre a las tres. Nunca, ni siquiera cuando presidió el Consejo de Seguridad o la comisión Política de la Asamblea General permitió que una convocatoria tan temprana como inoportuna interfiriera con la pausa que le dedicaba a la "meditación". En buen romance, con las poderosas siestas de las que nada ni nadie lograba apartarlo. Era ese otro de los rasgos humanos que adornaban su personalidad.

Lo era también su peculiar y tan profundo sentido del humor. ¡Cuántas anécdotas no hemos protagonizado u oído quienes fuimos sus amigos y que, invariablemente involucraban un aire de fingida sorpresa, una mirada deliberadamente seria pero que apenas ocultaba su picardía y una gran bondad! Bien sabía él que sus salidas, lejos de pasar desapercibidas, alimentaban muchos comentarios. Eso lo divertía enormemente, aunque cuidaba muy bien de admitirlo.



El Consejo de Seguridad debate el llamado Caso Eichmann. Expone el Embajador Mario Amadeo, asistido por su delegación integrada por Leopoldo Tettamanti, Raúl Quijano, Heriberto Arhens y Carlos Ortiz de Rozas. A la izquierda de Amadeo el Embajador Henry Cabot Lodge (EE.UU.) y a su derecha Dag Hammarskjöld, Secretario General de las Naciones Unidas; Sir Claude Corea (Ceilán), Presidente del Consejo y Andrew Cordier, Asistente Ejecutivo del Secretario General.

La brillante trayectoria en las Naciones Unidas terminó abruptamente. En Buenos Aires, los sectores que habían acosado sin cesar al presidente Frondizi desde el momento mismo de su elección, lograron por fin desalojarlo del poder. Ese estadista, cuyo principal error consistió en no haberse percatado que la mentalidad de gran parte de sus compatriotas no estaba aún preparada para ingresar en la segunda mitad del Siglo XX, no sólo fue derrocado sino llevado detenido a la isla de Martín García. La Argentina volvía a deslizarse por el plano inclinado de la inestabilidad y la violencia.

Fiel a su inalterable norma de conducta, Amadeo presentó de inmediato su renuncia, que le fue aceptada, dándole las gracias por los importantes y patrióticos servicios prestados. Y ciertamente que lo fueron. Esa fórmula, plenamente justificada, apenas era un magro reconocimiento a su extraordinaria labor.

Mario se reintegra pues, a todo lo que siempre lo esperaba cuando volvía al país: las incesantes reuniones con sus amigos, con quienes pasaba al tamiz el quehacer nacional que tanto lo apasionaba; el campo, que lograba transformarlo en un ser diferente, y por supuesto, la actividad intelectual que constituía su savia vital: la preparación de nuevos libros, conferencias, los almuerzos del Ateneo de la República, el Instituto de Cultura Hispánica y la Cátedra. Y a su lado en esta etapa como en todas, su esposa, compañera y amiga, la persona que mejor lo comprendió y ayudó, con infinita paciencia, ternura e inteligencia, Doña María Josefina Padilla de Amadeo, universalmente conocida como "Pepita", cuya presencia entre nosotros agradezco y saludo con todo afecto.

Su apartamiento de la tarea diplomática se prolongaría algo más de cuatro años. En agosto de 1966, el Canciller Dr. Nicanor Costa Méndez reclama el concurso de su amigo Mario, pidiéndole que vuelva a integrar el servicio exterior de la Nación. Esta vez, como embajador en el Brasil. Desconozco las intimidades del diálogo en que se materializó ese ofrecimiento, pero no me cuesta imaginar la gran satisfacción que debe haber sentido Amadeo. En primer lugar por el destino que se le proponía, de un interés e importancia fundamental para la Argentina. Pero además, porque tocaba una fibra muy sensible en él, ya que su padre lo había precedido en tan delicada función.

Mario acepta complacido y parte provisto de la mejor de las credenciales: un vasto conocimiento del país donde va a desarrollar su misión y la determinación de trabajar sin descanso para llevar las relaciones bilaterales a un nivel óptimo. En el Brasil como entre nosotros han existido de larga data dos escuelas de pensamiento: aquella que proclama una rivalidad insalvable entre las dos naciones, y otra que considera indispensable una política de sincero acercamiento para que los dos pueblos puedan desarrollarse y prosperar juntos. Amadeo estaba resueltamente enrolado en esta última tendencia. Ello no obstante, sabía muy bien que para llegar a la meta de la integración es preciso sortear muchos escollos, lo cual requiere en ambas capitales voluntad política y tenacidad para aplicarla.

El informe que eleva Mario con sus primeras impresiones sobre el aspecto urbanístico de Brasilia, adonde estaba terminando de instalarse el gobierno de la hermana república, es muy revelador del ánimo con que acometía su nueva responsabilidad.

Le dice a Costa Méndez: "El primer impacto que produce en el novel espectador la capital brasileña es de profunda sorpresa por la originalidad y la grandiosidad del escenario que se despliega ante su mirada. Ciertamente se trata de una realización que no tiene analogías ni paralelos en ninguna otra parte del mundo. Es sin duda, la iniciativa más novedosa y excep-

cional del siglo XX. Desde Río de Janeiro a esta nueva Atlántida la distancia se mide en años o décadas más que en millas o kilómetros”.

Luego de proporcionar todo tipo de datos y opiniones, como podría hacerlo un experto, incluye una crítica bien intencionada al manifestar: “Se da la paradoja de que siendo la capital de uno de los países anímicamente más ricos del mundo, Brasilia -pese a su nombre- no posee un elemento que refleje el tesoro humano y telúrico de la nación brasileña. Situada en el corazón de América del Sur, lo mismo podría estar situada en Suecia, Australia o en los confines de Siberia”.

La nota concluye con una vehemente exhortación -casi una exigencia- para que la Argentina construya allí, sin pérdida de tiempo y acorde con la excepcional trascendencia que revisten nuestras relaciones con el Brasil, la sede de su misión diplomática. Con cuánta razón sostiene en una frase que expresamente subraya: “Ello, no sólo porque es nuestro deber, sino también porque en este país, **la Argentina no debe ser segundo de nadie**”.

Desgraciadamente esta clara noción que tenía Mario no fue compartida por otros que por falta de visión, por evitarse los consiguientes trastornos o simplemente porque no piensan en grande como él, han preferido una modestia absurda para nuestra representación en Brasilia.

A esta altura de mi disertación, largo sería enumerar las múltiples iniciativas que Amadeo emprendió con éxito en el país vecino. Testimonio de ellas son los completos y amenos informes que en los archivos de la Cancillería aguardan la tarea del investigador. Digamos, en brevísima síntesis que, complementando una proficua acción política puso especial énfasis en el campo de la cultura. Creó así el Instituto Cultural Argentino-Brasileño, en Río de Janeiro, designando para presidirlo a Pedro Calmon, ex rector de la Universidad Carioca y gran personalidad del mundo académico. Ante la favorable repercusión que obtuvo esa entidad, resolvió fundar otra similar en Recife, presidida nada menos que por Gilberto Freyre, escritor y sociólogo de reputación internacional. Más tarde le tocaría el turno al instituto cultural de San Pablo.

Quien conozca el nivel de excelencia y la rigurosa selección que rige para formar parte de la Academia Brasileira de Letras, a cuyo frente se hallaba otro gigante de la literatura, Austregesilo de Andrade, podrá apreciar en su justa dimensión el honor que se le dispensó al Embajador Amadeo cuando fue designado miembro correspondiente y recibido en sesión especial con la tradicional pompa y ceremonial de esa afamada corporación.

A fines de Agosto de 1969, el presidente del Brasil, Mariscal Arthur Da Costa Silva, aquejado por una grave enfermedad que habría de resultarle fatal, se retira del mando. Cinco días después, Mario Amadeo pide ser trasladado a Buenos Aires para renunciar. Nunca tuve oportunidad de conversar de esto con él, pero presumo que su proverbial delicadeza debe haberle sugerido la conveniencia de que el Gobierno Argentino se hiciese representar por otro jefe de misión ante la Administración del General Emilio Garrastezu Medici, que accedería al poder semanas más tarde.

El entonces Canciller Juan B. Martín, al comunicarle a Amadeo que el Presidente de la Nación había aceptado con pesar su renuncia al cargo de embajador extraordinario y plenipotenciario, dándole las gracias por los importantes y patrióticos servicios prestados, agrega lo siguiente:

“Esta comunicación no se limita al mero aspecto formal de hacerle conocer una resolución que se conforma a su pedido. Tiene ante todo el propósito de expresarle lo mucho que

lamenta su decisión de alejarse de la función diplomática, que priva a la Cancillería argentina de su tan valiosa colaboración. El prestigio que supo V.E. dar a su misión en Río de Janeiro, que encuentra sus brillantes equivalencias en los servicios prestados anteriormente al frente de nuestra Misión Permanente ante las Naciones Unidas y en la dirección de esta propia casa, agrega un jalón más al aprecio y respeto de sus conciudadanos".

Es cierto, con este digno final se cerraba un largo capítulo de 31 años de diplomacia. Esto es, de diplomacia activa. Porque apenas deja sus obligaciones oficiales, Mario se concentra con avidez a escribir y publicar en 1970 un libro que tenía proyectado desde hacía tiempo: "Política Internacional. Los Principios y los Hechos". "Es el fruto de una larga familiaridad con los temas internacionales", dice en la primera línea de su introducción. "Su labor en otros terrenos -añade- nunca lo ha alejado por completo de esa preocupación fundamental".

Eso que él calificaba modestamente de "larga familiaridad", pero que en verdad fue un profundísimo conocimiento de la política y el derecho internacional, surge con nitidez ejemplar en cada página de esta obra. A Mario le sorprendía la ausencia de compendios actualizados sobre esos temas. Su intención con ese libro, fue eminentemente didáctica. Pero no para hacer desfilar una serie de datos enciclopédicos, sino para enseñar con opinión, despertando el interés -o al menos la curiosidad- por aquello que a él lo había fascinado a todo lo largo de su existencia.

Algunos años más tarde sintió la necesidad de actualizar ese libro recurriendo a fuentes de información más ricas que las que tenía a su disposición en Buenos Aires. Enterado de su propósito de viajar con ese objeto a Nueva York, donde yo lo había sucedido en la jefatura de la Misión Permanente, se me ocurrió consultar a las autoridades del programa de las Naciones Unidas para el desarrollo si había alguna posibilidad de facilitar financieramente la labor de investigación que Mario pensaba realizar a fin de aliviar así, en parte, la pesada carga que significaba permanecer en esa ciudad dos o tres meses. No me hacía muchas ilusiones porque esa clase de tareas no caía dentro de la esfera de competencia de dicho organismo. Sin embargo, tal era su prestigio internacional y el recuerdo que había dejado su paso por Naciones Unidas, que sin más trámite le fueron otorgadas facilidades para que pudiese cumplir su cometido.

Así vio la luz el "Manual de Política Internacional", versión corregida y ampliada de la edición anterior, ambas dedicadas a la memoria de su hijo Francisco Javier. Mario me dio la gran alegría de pedirme que hiciera la presentación del libro en el Instituto Argentino de Cultura Hispánica.

Aunque su salud ya empezaba a declinar, nuestro homenajeadó siguió con su actividad desbordante: fuese atendiendo la comisión Pontificia de Justicia y Paz, de la que era miembro; la subcomisión de la protección de las minorías y prevención de la discriminación racial de la comisión de Derechos Humanos, con sede en Ginebra; las sesiones de la Asociación Argentina de Derecho Internacional; en fin, todo aquello vinculado con sus intereses permanentes.

Todavía debía hacer Mario Amadeo un postrer aporte a la política exterior de la Nación. Con su autorizada palabra, con su conocimiento del derecho y de las circunstancias, publicó un artículo en el diario "Clarín" del 13 de Julio de 1982, llamando a la reflexión sobre la imperiosa necesidad de arribar a una solución equitativa en la cuestión del Beagle, dentro del marco de la mediación papal. Esa intervención tuvo un eco sumamente positivo en las negociaciones de Roma.

Enfermo y presintiendo su fin, Mario aplica sus debilitadas fuerzas a un proyecto largamente acariciado: escribir su última obra. Acaso la que contiene las facetas más recónditas de su personalidad: "Dante Siempre".

En los varios ensayos que componen este opúsculo es difícil discernir los pensamientos de Alighieri de los de Amadeo, tan estrechamente ligados se encuentran en una perfecta identidad. El libro, huelga acotarlo, es admirable. Como se diría en lengua dantesca, "Un piccolo gioiello".

Con su típica modestia, afirma que de lo poco que él sabe mucho lo aprendió del Dante, tanto en el plano del conocimiento como en el de la conducta. Y señala que es el autor que más influyó en su vida. Nada menos.

Para mí esa confesión fue toda una revelación. Si este erudito, ese hombre íntegro, este ser superior que era Mario Amadeo, tanto le debió al Dante, pues para mí el Dante empezó a cobrar una nueva dimensión. Lo reconozco. Y como Mario nos dice que con su libro solo pretendía despertar el interés o la curiosidad del lector por el gran florentino, por mi parte puedo afirmar que conmigo lo ha conseguido. Es una manera más de honrar su memoria.

El día de San José (19 de marzo) de 1983 se nos fue este hombre excepcional. Ausente en el extranjero por mis obligaciones oficiales, no pude acompañarlo sino a la distancia con mi dolor. Al regresar al país su viuda, "Pepita" Amadeo, me entregó una conmovedora carta dirigida a sus amigos en la que Mario se despide de ellos con la misma actitud moral y afectiva que había conducido su vida. Leerla ahora sería cerrar esta exposición con un broche de tristeza. Y no puede ser así porque él apreciaba mucho más lo festivo que lo solemne. Por eso, quiero simplemente terminar diciendo que hoy nos hemos congregado aquí para rendirle el tributo de nuestra admiración y cariño. Su recuerdo está y estará siempre presente entre nosotros.

Buenos Aires, 24 de octubre de 1990.

Día de las Naciones Unidas.



El Embajador Dr. Mario Amadeo y su señora esposa,
María Josefina Padilla de Amadeo.